

Laura Vázquez

**VIAJAR  
VIVIR  
AMAR**



Ama la vida  
con los brazos  
abiertos y ella  
te corresponderá



ESPASA

LAURA VÁZQUEZ

VIAJAR, VIVIR, AMAR

Ama la vida con los brazos  
abiertos y ella te corresponderá



© Laura Vázquez, 2022

© José Ramón de la Morena, por el prólogo, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Espasa es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

Preimpresión: Safekat, S. L.

Depósito legal: B. 2.899-2022

ISBN: 978-84-670-6485-8

Diseño del álbum fotográfico: María Pitironte

Fotografías del álbum: archivo personal de la autora

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: [sugerencias@espasa.es](mailto:sugerencias@espasa.es)

[www.espasa.com](http://www.espasa.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Impreso en España/*Printed in Spain*

Impresión: Black Print



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

# ÍNDICE

PRÓLOGO, de José Ramón de la Morena .....	13
INTRODUCCIÓN .....	15

## PRIMERA PARTE CENTRIFUGANDO

1. EL DESPERTAR .....	21
2. VALOR .....	31
3. EMPEZAR DE CERO .....	37
4. TAN IMPORTANTE ES SER ELOCUENTE COMO SER CONSE- CUENTE .....	41
5. ENEMIGA DE LA SOLEDAD .....	47
6. ESO NO ES AMOR .....	51
7. MIEDO .....	57
8. QUERERTE PARA QUERER .....	67
9. DONDE UNA PUERTA SE CIERRA, OTRA SE ABRE .....	73

ÍNDICE

SEGUNDA PARTE  
VIAJAR, MI TERAPIA

10. LÁNZATE OTRA VEZ .....	89
11. NO ES LA CARGA LA QUE DESTRUYE, SINO LA FORMA EN QUE LA LLEVAS .....	101
12. ABRE TU MENTE .....	117
13. QUE TODO FLUYA Y QUE NADA INFLUYA .....	127

TERCERA PARTE  
EXPANSIÓN

14. ACOMODADA EN EL <i>CARPE DIEM</i> .....	147
15. HABILIDAD CAMALEÓNICA .....	165
16. MUJER ACORAZADA .....	177
17. ¡QUÉ MÁS DA EL QUÉ DIRÁN! .....	189
18. NO HAY NADA PERMANENTE EXCEPTO EL CAMBIO .....	201
19. VIAJES CORTOS, LARGOS, PLANEADOS, SIN RUMBO... LO IMPORTANTE ES VIAJAR .....	207
20. UN PASEO POR LAS NUBES .....	221

CUARTA PARTE  
MI MEJOR AVENTURA

21. AMOR INCONDICIONAL .....	255
22. HUMANA .....	265
RECUERDOS .....	281

# 1

## EL DESPERTAR

¿Alguna vez te has despertado sobresaltado en mitad de la noche y has sentido que no estás viviendo como quisieras? Eso fue lo que me pasó a mí la madrugada del 14 de septiembre de 2012, el día que cumplí treinta y un años, el día en el que yo, Laura Vázquez, tomé una decisión que cambiaría mi vida.

Eran las cuatro de la madrugada cuando abrí los ojos. Me sentía nerviosa y percibía cierto malestar en mi interior. A mi lado, Miguel dormía profundamente, ajeno a mis pensamientos, sin darse cuenta de que nuestra relación se tambaleaba.

Nos habíamos conocido en el instituto, cuando yo tenía quince años y él dieciséis. Miguel repetía curso y por eso empezamos a coincidir en algunas clases. Me enamoré de él nada más verle. Me gustaba mirarle cuando se alejaba del instituto en una moto a la que le había puesto uno de esos tubos de escape que hacen tanto ruido. Tenía un punto de rebeldía que me atrajo al instante. También su pelo moreno con ondas, su aspecto larguirucho y el color oscuro de su piel. Su sonrisa me sedujo en cuanto la vi, así como su aire desenfadado y su calma. Me encantaban sus pestañas largas y el lunar que tenía debajo de la nariz.

Yo era una chica alegre, estudiosa, responsable, perfeccionista, inquieta y curiosa. A veces pretendía dar una imagen de chica dura, pero nada más lejos de la realidad... Rebosaba inocencia por los cuatro costados.

Durante la época del instituto, cuando empezamos a salir, en varias ocasiones Miguel estuvo a punto de dejar los estudios para ponerse a trabajar en un matadero. Pero mi cabezonería y mi sensatez le hicieron entrar en razón y comenzó a alejarse, poco a poco, de las compañías por las que se dejaba llevar y que le apartaban de los estudios. Finalmente optó por retomar las clases y, aunque no estábamos en el mismo grupo, coincidíamos en los descansos y en los intercambios de aula.

Con Miguel crecí y empecé a descubrir la vida. Aprendí a llevar una moto y a conducir un coche; hice mis primeros viajes por España, Italia, Francia o Malta, y supe lo que es el arte de compartir. Poco a poco fui haciendo la transición de la adolescencia a la madurez, y me daba cuenta de que mi vida comenzaba a ser como la de una persona adulta.

Miguel y yo vivimos una historia de amor bonita y sosegada. La gente que nos rodeaba nos admiraba como pareja. Para sorpresa de todos, él decidió estudiar Económicas y aprobó las oposiciones para trabajar en un banco.

Yo cursé Sociología en Barcelona, y durante los cuatro años de carrera mantuvimos una relación a distancia. Los fines de semana regresaba a nuestra ciudad y la mayor parte del tiempo la pasaba trabajando de camarera en un restaurante. El poco tiempo libre del que disponía se lo dedicaba entero a Miguel.

Cuando acabé la carrera aprobé unas oposiciones y me fui a vivir a Barcelona. Durante un par de años más, nuestra relación era sobre todo telefónica, ya que solo podíamos vernos los

fines de semana. Casi nunca discutíamos. Pronto llegaron los planes de boda y compramos una casa en un pueblo a quince minutos de la ciudad que nos había visto crecer. Yo solicité un traslado en mi trabajo —salí perdiendo económicamente y en mi proyección laboral— y al poco nos casamos. Pese a la ilusión de los primeros meses, pronto la monotonía se instaló en nuestras vidas, una monotonía que era más o menos llevadera durante los días de trabajo, pero que se me hacía muy cuesta arriba cuando llegaba el fin de semana: asistir a los partidos de fútbol de Miguel, ver más fútbol en la tele, limpiar la casa, hacer la compra semanal..., y poco más. Llevábamos una vida ordenada, rutinaria y cuadrículada.

Para muchos, mi vida era idílica: tenía un marido perfecto, un trabajo cómodo de funcionaria con un horario envidiable —de ocho de la mañana a tres de la tarde— y pocas responsabilidades; una casa adosada con garaje, con un bonito jardín, una piscina de agua salada, una preciosa chimenea, un pastor alemán adorable, dos coches utilitarios, una moto de gran cilindrada... Y fueron pasando los meses y los años. Aunque no muchos, solo tres, los suficientes para darme cuenta de que no estaba viviendo la vida que realmente deseaba. Comencé a sentir pavor ante la idea de que todo seguiría igual, pero también ante la posibilidad de afrontar una existencia en soledad. A fin de cuentas, la burbuja en la que Miguel y yo vivíamos era agradable. Nos cuidábamos y todas las decisiones las tomábamos conjuntamente. Me sentía protegida. Una especie de rutina basada en la comodidad me había absorbido.

Aquel 14 de septiembre de 2012 me desperté angustiada y sintiendo una fuerte presión en el pecho. Observé a Miguel, que dormía plácidamente; después cerré los ojos y me quede inmóvil, acurrucada, e intenté visualizar cómo sería mi vida ideal. La



imaginé sin él. Pero no solo eso; fantaseé con una existencia en las antípodas de lo que era mi vida en aquel momento. Me sentí mal, culpable, por ser tan poco agradecida y no valorar lo que tenía: había construido un bonito hogar con quien hasta ese momento había sido mi compañero, y vivíamos cómodos y en calma. Pero por mi cabeza pasaban tantas cosas...

El Miguel adolescente del que me enamoré perdidamente había crecido y evolucionado. Se había convertido en una persona bondadosa, tierna, responsable, ordenada, noble y leal, un hombre honesto e íntegro que siempre me trató con respeto, cariño y amor, y que, sin duda, actuaba en todo momento con sus mejores intenciones. Yo también me había transformado, pero en un sentido diferente: tenía treinta y un años y ya no me parecía en nada a aquella jovencita de quince que se sintió atraída por el chico rebelde del instituto. Nuestras evoluciones habían seguido caminos distintos. Echaba de menos a la Laura jovencita a la que le brillaba la mirada de ilusión.

Aquella mañana me desperté con ansiedad: lo que más quería era tener experiencias diferentes y me di cuenta de lo que de verdad deseaba: vivir la vida. Con intensidad, con ilusión, con entusiasmo y con pasión. Estaba cansada de dejar que pasara sin más.

Las cosas materiales me importaban muy poco. Eso me daba libertad a la hora de tomar decisiones. Supongo que fue entonces cuando me di cuenta de que de nada sirve todo lo que tengas si no eres feliz con la persona con la que lo compartes.

Eran las seis de la mañana. Ni siquiera había amanecido. Sentí rabia; para ser sincera creo que hacía mí misma, porque, al fin y al cabo, mi vida y mi manera de vivirla dependían única y exclusivamente de mí. Sin embargo, en ese momento responsabilicé a Miguel de mi malestar. Cerré los ojos para intentar

contener la rabia y unos segundos después los abrí. Todo seguía oscuro. Me giré y miré hacia la pared. Suspiré y volví a cerrar los ojos, creo que para hacer que la ansiedad desapareciera. Pero sucedió lo contrario. Recordé pasajes y un sinfín de momentos de los últimos quince años, y todos me conducían a una misma sensación y a una única palabra: FRUSTRACIÓN.

A los dieciocho años tuve que elegir una carrera universitaria y me decanté por Sociología. No es que me interesara especialmente; yo lo que quería era ser reportera de guerra, pero deseaba estudiar en Barcelona y, aunque Miguel no terminaba de entenderlo, mi intención era compartir piso con otros estudiantes. Sociología era una de las pocas disciplinas que solo se impartían en Barcelona. Y ese fue el verdadero motivo de elegirla.

Por aquel entonces todavía faltaba un año para que Miguel fuese a la universidad, pues había repetido curso una vez más. Yo me sentía culpable porque estaba feliz ante un posible cambio de ciudad mientras él tenía que quedarse en el instituto un año más. Así que le engañé a él y, sobre todo, me engañé a mí misma: camuflé mi decisión diciendo que quería estudiar Sociología y que solo podía hacerlo en Barcelona. Al final me vi a mí misma deambulando durante cuatro años por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología por no haber sido valiente.

También me vino a la cabeza el momento en que decidimos comprar la preciosa casa en la que vivíamos y las mejoras que habíamos hecho en ella durante los últimos tres años, todas a costa de no haber ido de vacaciones a ningún lugar. Volví a sentir rabia. Yo quería viajar. No necesitaba todas esas comodidades en casa, pero sí conocer mundo y salir de mi zona de confort.

Habíamos hecho algún viaje, es cierto, pero no de mi agrado. Miguel era mucho más remilgado que yo y prefería estar

menos días pero en sitios más «decentes» que hospedarse en cuchitriles y quedarse más tiempo. Un ejemplo fue el viaje de novios a Brasil. Ya sé que se suponía que debía ser por todo lo alto —era nuestra luna de miel—, pero cuando recordaba el dineral que habíamos invertido en ese viaje de dos semanas se me aceleraba el corazón. ¡Con ese dinero habríamos podido recorrer el país como mochileros durante cuatro o cinco meses! En aquel momento, mi única experiencia interesante viajando había sido cuando estuve en Nicaragua con una ONG, a los veintitrés años. Anhelaba más viajes como aquel.

También recordé la frustración que sentía respecto a mi faceta laboral. Me había sacado unas oposiciones a la Administración. Era un trabajo cómodo, con un buen horario que me permitía tener tiempo libre por las tardes, y, a la vez, hacía que me sintiera muy realizada. Cuando nos casamos dejé mi puesto en Barcelona como técnico superior para ocupar una plaza en el parque de bomberos de mi ciudad, lo que supuso un evidente paso atrás en mi carrera profesional. De esto también responsabilicé a Miguel. A él no le gustaban los cambios, e incluso llegó a decirme que se veía jubilándose en el mismo banco en el que ya llevaba cinco años trabajando. Aquella confesión me sorprendió: me costaba entender que una persona se viese haciendo lo mismo durante toda la vida.

De repente, me di cuenta de que llevaba tres años trabajando en un lugar que aborrecía y me horrorizaba pensar que envejecería sin haber progresado. Todo esto me hizo ver que Miguel y yo nos estábamos distanciando. Había llegado el momento de pensar en lo que realmente yo deseaba y necesitaba.

Estaba claro que nuestros proyectos vitales no eran los mismos y lo que a uno le producía felicidad al otro le producía animadversión. Desde que empezamos a vivir juntos, dejamos de

regar nuestra relación. Dejamos de valorarla y de mimarla, y nos olvidamos de lo importante que es compartir aficiones y respetar las inquietudes de la persona con la que convives.

Miraba hacia el futuro y las imágenes que venían a mi mente eran grises y previsibles. Mis propios planes habían dejado de ilusionarme. El conformismo de Miguel era obvio, pero parecía sentirse plenamente realizado. Y en todas sus facetas. Yo, por el contrario, me veía a mí misma como a medias, sin brillo, sin un ápice de plenitud. En alguna ocasión intenté hablar con Miguel de todo esto, pero mis inquietudes no parecían interesarle. Él era feliz a mi lado, trabajando en el banco, jugando y entrenando en un equipo de fútbol... Si yo hubiese tenido sus mismas expectativas, habría seguido a su lado. Pero no era así. Yo necesitaba vivir más, conocer a más personas, aprender de ellas, descubrir otras maneras de entender la vida. Necesitaba expandirme.

Ya de pequeña era una niña muy inquieta y activa. Me atraía la acción y sentir que mi vida iba a más revoluciones que las de los demás. No se trataba de hacer por hacer, pero siempre me gustó involucrarme en diferentes proyectos. Quería aprender y descubrir nuevas sensaciones. Me di cuenta de que a Miguel no le agradaban mis intentos por salir de la rutina, ni siquiera los entendía. Él navegaba en su comodidad, pero yo iba siempre a rebufo. Mis necesidades parecían no existir. Si cualquier domingo decidía no ir a verlo jugar al fútbol, me quedaba durante horas aburrida en el sofá esperando a que regresara. Y si hacía planes por mi cuenta, me sentía mal. Me limitaba a acompañar sus proyectos, y tenía la sensación de que él no hacía esfuerzos por conocer los míos.

Miguel era un hombre muy reservado y no era fácil saber qué pasaba por su cabeza, pero, con el paso del tiempo, apren-

dí a interpretarlo; sabía lo que pensaba en cada instante y creo que era eso lo que nos unía. Su actitud en casa rozaba la perfección. Pero cometimos un grave error: el de dar por hecho que lo teníamos todo.

Seguía revolviéndome entre las sábanas preguntándome cómo había llegado a esa situación: había estudiado lo que no quería, vivía donde no quería, trabajaba en algo que no me gustaba... Todo por amor. ¿Qué había sido de aquella niña de quince años que arrasaba como un torbellino por donde pasaba? ¿Qué había sido de aquella adolescente que tenía las cosas tan claras? ¿En qué momento había perdido su esencia?

Caí en la cuenta de que siempre había antepuesto lo que supuestamente era correcto para la pareja —para que la relación siguiese funcionando— a mis propios deseos y a lo que yo necesitaba para funcionar. Me había olvidado de que los dos miembros de una pareja deben sentirse bien con ellos mismos para que la relación siga adelante.

Cuando empiezas una historia de amor a una edad tan temprana, te acaban uniendo muchas vivencias a esa persona. Con ella has crecido, es quien más te conoce, quien entiende tus heridas porque las ha vivido contigo. Pero eso solo es así si los dos avanzan en la misma dirección. Tanto Miguel como yo estábamos plenamente integrados en la familia del otro. Sabíamos lo que nos pasaba solo con vernos caminar. Nos alegrábamos con los éxitos respectivos y sufríamos con los fracasos mutuos. Era una relación sana, pero me daba cuenta de que no estaba siendo sincera ni con él ni conmigo. La relación estaba totalmente cimentada, pero en el fondo me daba cuenta de que ni podía ni quería continuar. Por eso nos distanciamos y comencé a ver a Miguel más como un buen amigo o un hermano que como una pareja con la que compartir la vida.

Así que aquella madrugada decidí que debía dar un giro de ciento ochenta grados. Estaba en mis manos hacerlo. No sabía que la parte más difícil llegaría entonces: armarme de valor para explicárselo a Miguel y dejar la relación. De hecho, fue tan difícil que tardé tres meses en hacerlo.

Sonó el despertador. Las siete de la mañana. Hora de ir a trabajar.

«¡Feliz cumpleaños, Laura!», me dije interiormente. Y salí de un salto de la cama.